por los imperiales, cuya pérdida fue muy corta repecto

de los tecpanecas.

Entre tanto que triunfaron por este lado las tropas que mandaba Chiuachnahuacatzin, triunfaron tambien por el lado de Chiuhnautlan las del ejército que mandaba el infante, quien por orden de su padre se avanzo por las tierras del enemigo que confinaban por aquel lado y estaban poco guarnecidas, sin pensar que por alli pudieran ser invadidos, y entrando por el territorio de Ecatepec, saqueó varias poblaciones. quemándolas y destruyéndolas, volviendo sus tropas cargadas de despojos. En una y otra parte pelearon bizarramente los imperiales y se señalaron muchos valientes capitanes y soldados, asi nobles como plebeyos; pero fue singularmente aplaudida la conducta y el valor del general Chihuachnacatzin, asi en las disposiciones y preparativos que precedieron á la guerra, como por las acertadas órdenes al tiempo de los ataques, y por la vigilancia y prontitud con que acudiendo á todas partes ejecutaba su brazo lo que su voz mandaba; siendo su ejemplo el mas poderoso estímulo á su tropa, y atribuyéndosele por eso con justa razon la mayor parte de este triunfo.

## CAPITULO VI.

Ira va el año de dos pedernales que corresponde al de 1416, y hallándose el emperador con un ejército pujante y victorioso, saboreado con los felices sucesos que habia logrado, le aconsejaban los príncipes sus aliados y sus generales que no perdiese tan oportuna ocasion de dar fin à la guerra, entrando à fuego y sangre por las tierras de sus enemigos hasta rendirlos y sujetarlos á la debida obediencia: mas el benignísimo príncipe que habia heredado de sus mayores la singular prenda de la clemencia y el amor á sus súbditos, no pudo resolverse á seguir este dictamen, esperando que los rebeldes á vista de tan repetidos golpes desistiesen de su tenaz capricho y se sujetasen al sua-

ve yugo de su imperio. Los reyes de México y Tlaltelolco si obraran por si solos lo hubieran ejecutado asi; pero el de Atzcapotzalco estaba muy lejos del escarmiento, y poseido de su ambicioso deseo, los golpes que recibia en vez de humillar su orgullo irritaban su soberbia; y asi aunque le causó notable pena la pérdida que acababa de esperimentar, determinó seguir su proyecto, y para logramas feliz éxito resolvió hacer todos sus esfuerzos para gaganar á su partido á Quetzalcuixtli que acababa de heredar el señorio de Otompan por la muerte de su padre Quauhquetzaltzin, y al señor de Chalco haciéndoles partidos muy ventajosos; porque estando los estados del primero en los confines del reino de Tezcoco por la banda del norte, y los del segundo por la del sur, y siendo señores poderosos que podian poner en campaña numerosos ejércitos, entrasen á un tiempo por ambas partes, mientras él lo ejecutaba por el poniente, que era la parte de la laguna, con sus tropas y las de los mexicanos y tlaltelolcas. Se dieron tan buena maña los emisarios que destinó á esta negociacion, que lograron ajustar la liga con dichos señores, que lison geados de las promesas de Tetzotzomóc que les ofrecia dar todo lo que conquistasen estendiendo cada uno por su lado los estados hasta donde llegase su conquista, y ademas la investidura de reyes, se convinieron en seguir su partido: mandando luego á sus estados las tropas con que auxiliaban al emperador se declararon abiertamente por el rey de Atzcapotzalco.

A vista de este desengaño determinó el emperador seguir el dictamen de sus amigos y generales, antes que sus enemigos teniendo tiempo de levantar tropas y hacer mayores prevenciones, y logrando por ventura envolver en su sedicion á otro de los príncipes que le seguian, invadiesen por todas partes sus dominios y le destruyesen; y asi reclutando prontamente todo el mayor número de tropas que pudo asi de sus estados patrimoniales como de Huexòtla, Cohuatlican, Chiauhtlan, Tepetlaoztoc, Iztapallocan, Tlapacollan, Cohuatepec, Tepecpan, Chiuhnauhtitlan, Ahuatepec, Tizayocan, Tlanalapan, Tepepolco. Zempoalam y Tolantzinco, cuyos señores eran solos los que seguian su partido, resolvió entrar por las tierras de Otompan, sin temor del señor de Chalco que dejaba á la espalda, porque las fronteras de su reino que lindaban con los estados del de Chalco, eran tierras pertenecientes á los

señores de Cohuatepec, Tlapacollan é Iztapallocan, á las que servia de barrera el rio de Tlalmanalco, y tanto de la fidelidad de estos señores como de los demas pueblos que habitaban las riberas del norte del dicho rio, hasta Quahuatlapan, como de los que poblaban la laguna de Chalco hasta Iztapallocan, confinando con el reino de Culhuacan, vivia muy seguro, y asi les mandó que fortificando cuidadosamente sus fronteras, cerrasen enteramente el paso por aquel lado á sus enemigos, para cuyo efecto toda la tropa que se levantó en estos parages, quedó en ellos mismos de guarnicion al comando de los dichos tres señores, de cuya fidelidad, valor y conducta fiaba la seguridad de sus reinos, sin temor de que el de Chalco pudiese por alli invadirlos, interin que él por otro lado entraba la guerra en los de sus enemigos. Tomada esta prudente determinacion marchó inmediatamente el emperador á los principios del año de tres casas que fue el de 1417 con el resto de su ejército, que segun asientan los historiadores, fue de los mas numerosos que hasta entonces se habian visto en estas regiones, asi es que no pudiendo marchar todo junto iba repartido en trozos, mandado por los señores sus aliados, y en gefe por el mismo emperador, y á sus ordenes el general Chihuachnahuacatzin y el infante Chihuaquequenotzin que le servian de edecanes para distribuir sus ordenes.

Entró pues por las tierras de Otompan talando y destruyendo cuanto encontraba sin oposicion, hasta la ciudad de Xaltepeque que fue la primera que hizo alguna resistencia; però fue facilmente vencida y saqueada. Pasó de alli á la misma capital de Otompan donde fue mayor la defensa por el mayor número de tropas que saliendo fuera de la poblacion pelearon bizarramente unos y otros, hasta que finalmente fueron vencidos de los imperiales, la ciudad entrada á saco, y pasados á cuchillo todos los que tuvieron la fortuna de salvar la vida con la fuga. Asi lo hizo el señor de la tierra retirándose al reino de Atzcapotzalco. Dé Otompan prosiguió el ejército su marcha por Xapucheo, Quenecan, Aztecan, Temazcalapan y otras mejores poblaciones que destruyó y llevó á fuego y sangre, y llegó á ponerse delante de la gran ciudad de Tollan en donde se habia recogido la mayor parte de los fugitivos de las poblaciones vencidas, que unidas al gran número de tropas que se habian levantado, y habian ocurrido

de las demas poblaciones de los aculhuas toltecas, formaban un lucido y numeroso ejército, que intentaba impedir el progreso de los imperiales: mas estos orgullosos con las victorias pasadas, acometieron intrépidos á los enemigos, que aunque se defendian vigorosamente, no pudieron sostener el ataque, v despues de algunas horas de combate se vieron precisados á retirarse á la ciudad, desde donde continuaron la defensa al abrigo de las fortificaciones que de antemano tenian levantadas; mas el ejército imperial continuando diariamente sus avances les hizo tan terrible estrago, que en pocos dias los puso en estado de no poderse defender, y abandonando la poblacion los que habian escapado la vida, la entró á saco el ejército imperial, pasando á cuchillo á todos los que en ellas se encontraron, escepto nifios, mugeres y viejos inútiles, á quienes perdonó la vi-

da la piedad del vencedor.

De Tollan pasó el ejército á Xilotepec, y de aqui á Xitlaltepec que corrieron la misma fortuna que Tollan, v dando la vuelta ácia el sur, entró con el mismo furor talando y destruyendo hasta la provincia de Tepotzotlan donde le salió al encuentro el gran ejército de los tecpanecas, mandado por su general Tlacateotzin rey de Tlaltelolco. Luego que se avistaron los dos ejércitos, en un llano inmediato á la misma ciudad de Tepotzotlan, suspendieron entre ambos su marcha, y poniendo el emperador sus tropas en órden, mandó acometer al enemigo: recibiendo bizarramente el ataque se dieron una cruel batalla en que de una y otra parte murieron muchos; pero finalmente, no pudiendo ya los tecpanecas mantenerse contra el furor de los imperiales, hubieron de cederles el campo y la victoria, y se retiraron á la ciudad; en la que no pudiendo tampoco mantenerse la abandonaron retirándose á Quauhtitlan. Tepotzotlan fue entrada á saco por los imperiales que siguieron el alcance á los enemigos, y despues de algunos reencuentros los hicieron desalojar tambien de Quauhtitlan, y sujetó el emperador esta poblacion, la de Teuhtitlan y otras menores, con lo que quedó enteramente sojuzgada toda la provincia de Tepotzotlan. Los tecpanecas continuaron su retirada ácia la capital de Atz capotzalco; pero siguiéndoles el alcance los aculhuas dieron con ellos cerca del pueblo de Tepatepec, donde se trabó una tan recia escaramuza que insensiblemente empeñados en la accion ambos ejércitos, duró algunas horas el com

bate en que perdieron mucha gente los tecpanecas, y se vieron forzados á tomar precipitadacente la fuga.

Continuó su marcha el emperador en su seguimiento ganando todos los lugares que se hallaban en el camino hasta Temalpalco, lugar pequeño muy inmediato á Atzcapotzalco. Habiase fortificado sobre la ribera de la banda del sur del rio que del nombre de la ciudad se llama tambien de Atzeapotzalco, el que le servia de foso para impedir la entrada al enemigo. Acampó el emperador á vista del ejército contrario y comenzó desde luego luego á fortificarse á la banda del norte del mismo rio, entre él y el de Tenepantla, estendiendo sus líneas por oriente y poniente, hasta tocar por aquel viento con las riberas de la laguna, y por este con la cordillera de cerros que hoy se llaman de los Remedios, para estrechar cuanto pudiese al enemigo. Concluidas sus fortificaciones, comenzó á incomodarle asaltando las del enemigo ya por uno ya por otro lado, sin intentar accion general en que aventurase su reputacion, hasta que la continua molestia y sucesivas pérdidas que diariamente esperimentaban, le facilitasen el vencimiento; pero ellos defendiéndose vigorosamente aunque siempre con mucha pérdida de gente, se mantuvieron constantes cuatro meses, al cabo de los cuales quedó disminuido notablemente su ejército, cansada ya la gente y sin recurso el rey de Atzcapotzalco para reformarle con nnevas tropas, facilitándolo todas las tierras y provincia que le habia conquistado. Conociendo esto el emperador determinó desde luego dar el asalto general, y acabar de una vez con los tecpanecas, para cuyo efecto mandó colocar su tienda sobre un cerrillo llamado Temacpal situado casi en la mediania de su campamento que dominaba uno y otro campo, para poder desde alli recorrer toda la accion y dar las ordenes convenientes.

Dividió su ejército en quince trozos que á un mismo tiempo habian de asaltar por otras tantas partes las trincheras del enemigo al mando de valerosos y diestros capitanes, y á los dos generales Chihuachnahuacatzin y Cihuaquetzotzin, mandó que corriendo á la derecha é izquierda del ejército distribuyesen sus órdenes por todas partes. Todo estaba ya á punto, y señalado el dia cuando Tetzotzomóc, que por sus espias tuvo puntual noticia de todo, viendo ya su perdida irremediable hubo de resolver aunque á su pesar el rendirse, y llamando á los

reves sus aliados les comunicó su determinacion. Ellos que no deseaban ya otra cosa viéndose amenazados de igual ruina, convinieron prontísimos en ella, y el de Azcapotzalco envió sin dilacion sus emisarios al emperador pidiendo la paz, y entregándose enteramente á su arbitrio, implorando asimismo perdon de sus pasados errores con muchas espresiones de sumision y rendimiento, y ofreciendo jurarle y reconocerle por supremo monarca de este continente, y en la forma que lo ordenase. Llegaron los emisarios á presencia del emperador, y cumpliendo puntualmente con su embajada, fueron bien admitidos del monarca, que con su innata piedad y natural clemencia les respondió, que estaba pronto á perdonar al que humillado confesaba sus errores, que desde luego otorgaba el perdon á los reyes de Atzcapotzalco, México y Tlaltelolco, y á los demas señores que habian seguido su partido, á quienes devolveria todas las tierras que les habia conquistado, y les confirmaria en sus señorios, siempre que cumpliendo lo que ofrecian le reconociesen por supremo monarca, para cuyo efecto, y el de practicar las ceremonias acostumbradas del homenage, pasasen á su córte de Tezcoco donde él luego se restituiria, y se celebraria alli esta funcion con la solemnidad debida. Este fue el paradero de tan ruidosa guerra, y á tan poca costa como la de un fingido rendimiento, logró Tetzotzomóc y sus aliados escapar el fiero golpe que veian descargar ya sobre sus cuellos por la inmoderada y escesiva piedad de este gran príncipe, mal empleada con enemigo tan cauteloso, y peor correspondida de su traidora intencion como veremos adelante.

Ni á los príncipes y generales que seguian el partido del emperador, ni á su tropa les agradó tanta benignidad y elemencia con los rebeldes, porque los unos habian concebido esperanzas de dilatar sus estados, recibiendo en premio de sus fatigas algunas tierras en los paises conquistados; otros no poseidos de la ambicion de estas sino de la gloria, sentian que todos sus afanes quedasen sin llegar á colmo triunfando de los enemigos dentro de la misma córte de Azcapotzalco entrándola á fuego y sangre como habian hecho con las demas poblaciones; y otros finalmente mas circunspectos y refinados políticos creian que debia haberles costado mas ruegos la paz, y no dejarlos enteramente sin castigo, ya que se les perdonasen las vidas que tan justamente debian perder; ni menos dejarles en el mismo

auge de poderio y dominios que tenian; porque esto no serviria de otra cosa que de insolentarlos mas para que cada dia pensasen en nuevas revueltas, siempre con la seguridad de un feliz éxito, si vencian porque vencian, y si eran vencidos porque encontrarian siempre en el monarca franca la puerta á. la clemencia: en realidad estos discurrian juiciosamente, y el éxito en los sucesos posteriores confirmó lo bien fundado de sus discursos.

Finalmente, la tropa habia concebido grandes esperanzas de cebar su co licia en las riquezas de Tetzotzomóc y de su opulenta corte, y el verse defraudados de ellas cuando ya las miraban casi en sus manos les causó notable desabrimiento, llevando á mal en su príncipe tanta bondad con enemigos tales. que habiéndose valido de todas sus fuerzas, ardides y traiciones, venian á rendirse cuando estaban va desesperados de otro remedio. Bien conoció el emperador el general disgusto de sus amigos y vasallos en el perdon que habia otorgado á sus enemigos, y en la liberalidad y clemencia con que se habia portado con ellos; pero su gran piedad, y el horror con que miraba los estragos de la guerra, (sin embargo del bizarro aliento con que la manejaba, y de llevar en ella la mayor parte en la victoria,) le hicieron abrazar prontamente aquel medio que se le proponia de concluirla, olvidándose de los agravios recibidos, que eran merecedores de mas severo castigo, asi como eran dignos del premio que esperaban aquellos señores y fieles vasallos que le habian seguido y ayudado á la empresa; mas creyó contentar á estos por entonces con afables espresiones de gratitud y futuras promesas, con ánimo sincero de cumplirlas, si no en aquellos premios que habian concebido, en otros equivalentes; pero muchos de ellos quedaron tan desabridos que desde luego formaron el dictámen de retirarse de su servicio.

## CAPITULO VII.

estituyose el emperador á su corte de Tezcoco donde fue recibido con grande aplauso, y luego que llegó hizo muchas mercedes á los caciques que le acompañaron, dándoles algunos lugares que agregasen á sus estados y señorios: á otros premió con empleos, dignidades, honores y la orden de caballería de Tecuntili; y á otros finalmente con rega-

los de piezas de oro, piedas preciosas, plumas y otras cosas que entre ellos eran estimables: á los que tenian estados les dió licencia de retirarse á ellos á descansar de las fatigas pasadas; pero sin embargo muchos quedaron disgustados y resueltos á pasarse al partido del rey de Atzcapotzalco. Este pues que urgido solamente del imminente peligro en que se hallaba rindió su orgullo, no con ánimo sincero de una verdadera reconciliacion, y menos de cumplir sus ofertas en órden á jurar y reconocer por supremo señor á Ixtlilxóchitl, sino con el fin de ganarse tiempo en que rehacerse de las perdidas pasadas y poner en ejecucion su intencion depravada, no perdió momento en sus negociaciones, valiéndose de toda su astucia y de cuantos medios pudo para atraer á su partido á los príncipes auxiliares del imperio; y hallando en ellos en esta ocasion sobrada disposicion, consiguió plenamente su deseo; pues aunque no todos se resolvieron á favorecer declaradamente su partido auxiliándole con tropas, ofrecieron no ayudar con ellas al emperador, aunque las pidiese, y esto era cuanto necesitaba el de Azcapotzalco, porque destituido Ixtlilxóchitl del socorro de aquellos señores que estaban á su devocion, no podia defenderse de su contrario, quien con toda la presteza que pudo y con el mayor sigilo levantó en breve tiempo un considerable número de tropas, y lo mismo hicieron los reyes de México y Tlaltelolco, y los demas confederados, con todo lo necesario á sus provisiones.

Mandó el rey de Azcapotzalco que asi sus tropas como las de sus aliados se ejercitasen, no solo en el manejo bélico de las armas, sino tambien en ciertos juegos de destreza y agilidad con ellas mismas que ellos acostumbraban en sus fiestas, ya con la flecha, ya con la macana, como una especie de torneo, y tambien en algunas danzas y bailes de los que solian hacer en sus fiestas solemnes, publicando que estos ensayos eran para los que intentaba hacer en aplauso del emperador cuando fuese á jurarle; pero en la realidad todo era traicion para apoderarse á su salvo de las personas del emperador y de su hijo el príncipe Netzahualcoyótl, y en medio de los regocijos y fiestas dar sobre ellos y los suyos, y acabar con todos. Luego que estuvo todo dispuesto mando á los reyes de México y Tlaltelolco, que con gran sigilo y disimulo hiciesen marchar sus tropas que pasasen del otro lado de la Laguna, al territorio de Chiuhnauhtlan repartiéndolas en los pueblos mas inmediatos á aquella poblacion, donde con el auxilio de Toxmiltzin, señor de Chiuhnauhtlan que se habia declarado á su favor, y de otros principales señores que seguian allí su parcialidad pudiesen mantenerse ocultos. Mandó al mismo tiempo que se llevase una gran cantidad de venados, conejos, liebres y otros animales y aves á un gran bosque que habia inmediato á dicha poblacion nombra lo Tenamatlác, con el pretesto de que en él pudiera divertirse el emperador en la caza, y ya todo prevenido envió sus embajadores á Ixtlilxochitl diciéndole que él v sus parientes v amigos estaban prontos á cumplir la oferta que habian hecho de jurarle por supremo señor y monarca de la tierra, y que para solemnizar esta funcion en aplauso y regocijo del ajuste de paces, habia mandado preparar varias diversiones, entre las cuales era una la de la caza de que habia hecho disponer gran cantidad en el bosque de Tenamatlac, cuya situacion por la cercania á las playas de la Laguna, le facilitaba el poderse conducir á él, pues por su avanzada edad estaba imposibilitado de andar ni acercarse mas á la corte de Tezcoco; fuera de que el terreno de Chiuhnautlan era á propósito para ejecutar en él con desahogo los juegos y danzas que estaban prevenidos, por lo que le suplicaba se dignase pasar al dia siguiente á dicha poblacion, que allí lo esperaria; pero que le hiciese el gusto de que los que le acompañasen fuesen sin armas, porque sus tecpanecas habian quedado sumamente medrosos y atemorizados de los aculhúas con los estragos de la última guerra, y que irian igualmente desarmados para quitar todo motivo de temor y sospecha de inquietud. Luego que despidió á los embajadores hizo llamar á sus capitanes para que aprontasen la gente, y que en el gran número de canoas que estaban prevenidas se trasportasen á las playas de Chiuhnautlan, ordenándoles que luego que viesen divertidos al emperador y los suvos diesen sobre ellos, procurando sobre todo apoderarse de las personas de Ixtlilxochitl y su hijo, para llevarlos vivos á su presencia; y para que no les valiese la fuga hizo repartir entre los soldados varios retratos de uno y de otro para que los que no le conociesen por su persona por el retrato pudiesen seguirle y embarazar su fuga. Hallabáse á la sazon el infante Izcatzin, Acatlatzin, Tecuitecatzintli, que unos le llaman hermano y otros hijo del emperador, y lo primero es mas verosimil, porque sabemos que tuvo un hermano llamado Acatlotzin como dijimos en otra parte, y lo corrobora el que los que dan noticia de los hijos que tuvo legítimos y naturales, no numeran entre ellos á Acatlotzin. Este pues, pocos dias antes habia sido enviado por el emperador á la córte de Azcapotzalco disfrazado y encubierto, con el fin de investigar los designios de Tetzotzomóc, cuyas prevenciones habian dado ya á Yxtlilxóchitl algun recelo. Con su diligencia llegó á descubrir aquella misma mañana toda la trama de la conjuracion, y las órdenes que se habian dado contra la vida del emperador y del príncipe su hijo, y sin mas dilacion partió á toda prisa para Tezcoco á dar cuenta de todo á Ixtlilxóchitl. Entre tanto habian llegado ya los embajadores, y cumpliendo con su comision dieron su embajada al emperador, quien habiéndola oido, concibió desde luego sospechas de alguna traicion; mas con todo disimuló, y mostrando afable semblante á los embajadores, respondió que estimaba las espresiones del rey su amo, y que iria con mucho gusto á recibir su obsequio y el juramento de fidelidad; y cuando por sus ocupaciones no pudiese ir, enviaria persona de toda su confianza que lo recibiese en su nombre. No agradó la respuesta á los embajadores, y asi volvieron á instarle que no dejase de ir, porque esto seria muy sensible al rey su amo que con tal esmero habia prevenido estas magnificas fiestas para solemnizar su jura, á lo que friamente respondió el embajodor que iria, y con esto partieron ellos á dar cuenta á su señor.

Pocas horas despues llegó el infante, y dió aviso al emperador de toda la traicion que estaba preparada, haciéndole saber que estaba ya en Chiuhnauhtlan y sus contornos todo el ejército de los reves de México y Tlaltelolco, y que en un prodigioso número de canoas que tenian prevenidas se trasportaba ya á las mismas playas el rey de Azcapotzalco con otro numeroso ejército, habiéndole franqueado la entrada Toxmiltzin señor de Chiuhnautlan. Confuso quedó el emperador al oir de boca del infante tan no esperada novedad, y viendo que en el corto plazo que tenia le era imposible apercibir un ejército competente con que hacer frente y defenderse de Tetzotzomóc, determinó enviar al mismo infante que saliese á encontrarle, y dijese de su parte que suspendiese para otro dia las fiestas, porque él no podia asistir á causa de hallarse indispuesto, para de esta suerte ganar algun tiempo en que poder pedir socorro á sus parciales, y juntar la gente de sus estados con que ponerse en defensa. Bien conoció el infante que esta diligencia no ha-

bia de surtir efecto, porque la astucia de Tetzotzomoc habia de penetrar luego el motivo, y en vez de suspender su resolucion habia de ser mas poderoso estímulo para ponerla en ejecucion, viéndose dueño de un tan poderoso ejército tan cerca de Tezcoco, y á su enemigo en estado de no poder medir con él las armas; por lo que temia que la primera accion con que abiertamente se declararia seria con hacerle quitar la vida á él luego que oyese su mensage, y así le dijo al emperador: "Señor, pronto parto á ejecutar tu mandato aunque temo mucho que no volveré vivo á tu presencia; pero si con mi muerte puedo defender tu vida ó á lo menos dilatarla, gustoso sacrifico la mia en tu servicio. Solo te suplico que atiendas á mis hijos y mugeres, y si el Téotloque nahuaque te saca victorioso de tus enemigos, acuérdate que en las guerras pasadas me hiciste merced de los pueblos de Quauhyocan y Tequixquinihuac, de que no he tomado todavia posesion por haberme tenido ocupado en tu servicio, para que la tomen mis hijos y logren esta merced de tu liberalidad." A esto respondió el emperador: "Hermano mio, bien conozco tu riesgo, pero no es menor el que me amenaza, y no hallo otro remedio con que poder ganar algun tiempo en que pueda por lo menos fortificarme en mi corte para resistir su impetu interin llegan los socorros de mis aliados. Espero que el Dios Criador te sacará con felicidad. y puedes ir seguro de que atenderé siempre á tus hijos y mugeres como merecen tus buenos servicios para que logren las mercedes que te he hecho, y pienso hacerte á tí y á ellos en adelante." Mandó luego que trajesen unas muy lucidas armas, plumages y adornos de que él usaba en campaña y se las mandó vestir al infante. Esta era una ceremonia acostumbrada en las embajadas mas solemnes, asi para mayor ostentacion, como para acreditar la fe del enviado, dando á entender por los adornos esteriores que iba revestido de toda la autoridad y magestad del señor que le enviaba, y mandó que le acompañasen varios principales señores de la corte, que fueron Huitzilihuitzin, Iztactepoyotzin, avo del principe, Tequixquinahuacatzin, Tlilxicatzin y Oyuhtecatzintli Xochiltemocatzin, los cuales sin embargo de conocer el peligro á que se esponian obedecieron prontos, y partieron luego con el infante.

Entre tanto que esto pasaba en Tezcoco hicieron su jornada de retorno los embajadores de Tetzotzomóc que encontraron á su rey que acababa de desembarcar en las plavas de Chiuhnauhtlan, y habiéndole dado cuenta de su comision y de la respuesta del emperador, comprendio luego Tetzotzomóc que estaba ya receloso y desconfiado, y temiendo que pudiese hacer marchar alguna tropa que acercándose disimuladamente al sitio señalado pudiese estorbar sus intentos, mandó á su gente que avanzándose un buen número de ella por el camino de Tezcoco, luego que viesen venir al emperador se acercasen á él en ademan de recibirlo y obsequiarlo, y rodeándole por todas partes se apoderasen de su persona, y de grado 6 por fuerza le trajesen á su presencia. Obedecieron luego su orden, y tomando el camino con un competente número de soldados con sus gefes, luego que divisaron al infante y su comitiva dieron por logrado su intento, persuadiéndose por los adornos que de lejos miraban en el infante, que era el mismo emperador; mas desenganándose luego de su error luego que le tuvieron cerca, sin pararse en disimulos se apoderaron de su persona, llenándole de injurias y dicterios, tanto á él como á los demas caballeros y comitiva que le acompañaba, y á empellones y golpes los llevaron á presencia de su señor á quien hallaron sentado en una tienda de enramada. Recibiólos con un semblante airado, y sin querer oirles, mandó que luego al punto desollasen vivo al infante, y tendiesen su piel sobre unas peñas que estaban inmediatas, é hiciesen pedazos á los demás que le acompañaban. Unos asieron luego al infante y cumplieron particularmente la orden del rey, los demas acometieron tumultuariamente á los de su comitiva, y con la confusion lograron algunos escapar las vidas, entre los cuales fue Huitzilihuitzin, uno de los varios señores que le acompañaron, quien por sendas estraviadas y con la mayor velocidad que pudo volvió á dar cuenta de todo al emperador. Hay alguna variedad entre los manuscritos que tengo entre manos, en asignar el mes en que acaeció este suceso; pero concuerdan en que el dia fue señalado con el geroglífico de la agua en el año de cuatro conejos, y segun mis cómputos con la confrontacion de los sucesos posteriores, le fijo en el segundo dia del duodécimo mes llamado Micailhuitl, señalo el dia con la agua en el número primero, por ser el primero de su semana, y corresponde al dia doce de setiembre del año de mil cuatrocientos diez y ocho de nuestra era vulgar cristiana.

